

EDITORIAL

La ética es la parte de la filosofía que se ocupa del actuar del hombre. En ella se realiza la crítica y el análisis de la moralidad y, además, propone normas o escalas de valores. La discusión ética, por tanto, no se realiza en el plano del *ser*, sino en el del *deber ser*. Su concepto más profundo es, sin dudas, el de la responsabilidad: el hombre es responsable de sus actos y debe responder ante sí mismo y ante la sociedad por ellos. Por eso, nos da la dimensión moral del hombre: no basta con saber qué es lo que está bien; también hay que hacerlo.

Los códigos deontológicos médicos suelen ser un conjunto de normas éticas de conducta y deberes administrativos, destinados a garantizar la calidad del ejercicio de la medicina y la buena imagen pública del médico. La moral deontológica considera posible que la razón establezca “a priori” unos principios éticos asumibles por todos, porque son racionales y la razón los impone como objetivos. Sin embargo, es probable que en muchas ocasiones se haya sobredimensionado el papel de la racionalidad a expensas de otros factores que también deben ser tenidos en cuenta, como los emocionales y afectivos, los relacionales o la motivación por los valores morales.

La raíz de la condición moral del ser humano está dada por el hecho de que el hombre, para vivir, tiene que ir haciéndose su propia vida. Jamás se ajusta por completo al medio en que vive: a cada paso se encuentra con que puede –y tiene– que elegir esto y dejar aquello. Por estas decisiones se considera bueno o malo, justo o injusto, digno o indigno. La tradición moral de la medicina, desde Hipócrates hasta bien entrado el siglo XX, era una síntesis de competencia profesional, experiencia, virtud y amor. Sin embargo, la situación clásica de la ética médica ha sido considerada por autores tan dignos de respeto como el español Diego Gracia, lo que éste llama “la teoría del código único”; es decir, la idea de que las normas morales eran cognoscibles por todos y exigibles a todas las personas por igual. La relación médico-paciente se habría establecido entonces, sobre la idea de que el paciente es un incapaz, no sólo biológico, sino también en sentido moral. La función del médico sería, pues, la de llevar al enfermo, aún en contra de su voluntad, de acuerdo con los principios y normas de este código. En los últimos treinta años del pasado siglo, al aparecer conflictos enteramente nuevos en el mundo sanitario, se revisaron estos conceptos y surgió la Bioética, que desde el principio intentó establecer algunos criterios inter subjetivos que, respetando las conciencias individuales, fueran a su vez respetados por todos. Esto es lo que se ha dado en llamar “ética de mínimos”.

Al margen del hecho incuestionable de que el logro del consenso ético es una necesidad urgente en la sociedad



actual, consideramos que no puede olvidarse la premisa de que todo análisis ético en la medicina, debe partir de la relación entre el agente de salud y el paciente. El punto de partida es el adecuado ejercicio del método clínico, seguido de una historia clínica bien hecha y de un correcto estudio de los problemas médicos significativos; en caso contrario, las decisiones pueden estar erradas y ello constituye un serio problema ético. Pero, además, el agente de salud debe siempre estar dispuesto a ponerse en la situación del otro y esta disponibilidad empática es la apertura a un nuevo modo de estructurarse para la relación terapéutica o la del cuidar, a un nivel inter subjetivo verdaderamente humano.

El origen de toda acción ética es el encuentro con el rostro del otro, que demanda una respuesta; es, pues, esencialmente antropológico. Al asistir al enfermo como persona integral, tenemos la posibilidad de crecer como seres humanos, porque la relación así entablada es gratificante y plenificante. Por ello, es preciso recuperar, para el análisis bioético, la perspectiva de las virtudes inmanentes a la acción y encaminadas a una relación verdaderamente humana: la virtud es un modo de ser, una manera de estar-en-el-mundo y de relacionarse con los hombres y el entorno. Este es el paradigma de agente de salud que proponemos para este siglo.